

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

CICLO A

2ª Lectura (2 Cor. 13, 11-13)



“La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo”

«Hermanos: Alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso santo. Os saludan todos los fieles.»

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros.» (2 Cor. 13, 11-13).

“Alegraos”: Después de las cosas fuertes que ha mencionado en la carta, S. Pablo suaviza el cierre de la misma para no dejar un mal sabor de boca, pero, además, para que, manteniendo una disposición positiva de ánimo, les sea más fácil a los corintios el perfeccionamiento cristiano al que están llamados por gracia de Dios.

La ausencia de alegría cristiana denota soberbia de alma, pues no ha sabido encajar el mal personal, bien sea el moral o el físico, o no ha sabido encajar el mal que se le impone de fuera.

En cuanto al *mal moral personal*, cosa nada laudable, no es motivo de amargura, sino que el cristiano debe reconocer su condición pecadora, que lo único que puede hacer es pecar; pero, como tiene puesta toda su confianza en su Padre Dios, se alegra, pues es tanto lo que aventaja la misericordia de Dios por encima de la miseria, que ésta es como un hilillo de estopa cayendo en horno abrasador.

En cuanto al *mal físico personal* y al *mal que se impone de fuera*, cosa que no es más que cruz, cuando se rechaza, se amarga el alma sin provecho alguno, pero cuando se abraza el alma a esa cruz, se siente dichosa de poder compartir con Cristo Jesús los padecimientos que antes tuvo que padecer Él.

“Trabajad por vuestra perfección”: El mantenerse en una tónica de alegría cristiana, mencionada anteriormente, supone orientar la vida por una búsqueda de la santidad. En el fondo, lo uno supone lo otro. No se da alegría sin perfección, ni viceversa. La alegría perfecta, requerida para estar y ser realmente alegre, pre-requiere una participación en la alegría ontológica, la cual sólo existe en Dios. Por tanto, la alegría es una participación en la misma vida divina: ¡Oh misterio!

Cuando Dios te creó y te puso en la existencia terrena, lo hizo para que tú trabajaras para alcanzar aquel grado de perfección al que estás llamado por designio divino. Dios te ayudará para que llegues a conseguir la meta establecida.

“Animaos”: Aunque el auxilio de Dios, que es imprescindible para conseguir la perfección a la que estás llamado, lo debes poner como primer capítulo de tu estrategia ascética; sin embargo, dada la fragilidad del hombre, te pide S. Pablo que cuides de tu hermano alentándolo hacia la perfección a la que él también está llamado:

«¡Ay de los pastores que dejan perderse y desparramarse las ovejas de mis pastos! –oráculo de Yahveh–. Pues así dice Yahveh, el Dios de Israel, tocante a los pastores que apacientan a mi pueblo: Vosotros habéis dispersado las ovejas mías, las empujasteis y **no las atendisteis**. Mirad que voy a pasaros revista por vuestras malas obras –oráculo de Yah-

veh-. Yo recogeré el Resto de mis ovejas de todas las tierras a donde las empujé, las haré tornar a sus estancias, criarán y se multiplicarán. Y pondré al frente de ellas **pastores que las apacienten**, y nunca más estarán medrosas ni asustadas, ni faltará ninguna –oráculo de Yahveh-.» (Jer. 23, 1-4).

«**No habéis fortalecido a las ovejas débiles**, no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida, no habéis tornado a la des-carriada ni buscado a la perdida; sino que las habéis dominado con violencia y dureza.» (Ez. 34, 4).

“**Tened un mismo sentir**”: Para conseguir el objetivo de la alegría y la perfección cristiana, apuntado anteriormente, es imprescindible que en la Iglesia del Señor se mantenga la unidad de pensamiento. La misma divergencia de criterios es ya causa de imperfección, sería un camino regresivo, en dirección opuesta a la apuntada por S. Pablo anteriormente.

Sólo desde la unidad en Cristo Jesús es posible la alegría y la santidad cristiana:

«**Todo reino dividido** contra sí mismo queda asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma **no podrá subsistir**.» (Mt. 12, 25).

«Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque **donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos**.» (Mt. 18, 19-20).

«Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean **uno** como nosotros.» (Jn. 17, 11).

«La multitud de los creyentes no tenía sino **un solo corazón y una sola alma**.» (Hech. 4, 32).

«**Tened un mismo sentir** los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría.» (Rom. 12, 16).

«Os ruego, hermanos, **que os guardéis de los que suscitan divisiones** y escándalos contra la doctrina que habéis aprendido; apartaos de ellos, pues esos tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su pro-

pio vientre, y, por medio de suaves palabras y lisonjas, seducen los corazones de los sencillos.» (Rom. 16, 17-18).

*«Os conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengáis todos **un mismo hablar**, y no haya entre vosotros divisiones; antes bien, estéis **unidos en una misma mentalidad y un mismo juicio**... ¿Está dividido Cristo?» (1 Cor. 1, 10, 13).*

Son demasiados los textos de la Sagrada Escritura exhortando a la unidad. Basten estos pocos para iluminar la doctrina de S. Pablo.

“Y vivid en paz”: El aterrizaje de todo el vuelo teológico anterior (alegría, perfección, ánimo, unión) se da en el territorio de la paz.

«RECTIFICAR LOS CAMINOS.

Esta alegría de la que habla S. Pablo, es fruto de la enmienda, de donde, a su vez, podrá venir la perfección, pero antes estará el consuelo, que facilite el abandono de los placeres de la vida presente ante la esperanza de los bienes futuros... Una es la paz de Dios y otra es la paz del mundo, porque también los malignos e inmundos tienen la paz, pero para la condenación eterna; la paz de Cristo está libre de los pecados y es agradable a Dios. El que tiene la paz, tiene también el amor y al mismo tiempo al Dios de ambas como protección eterna.» (AMBROSIÁSTER, Comentario de la Segunda Carta a los Corintios; CSEL 81/2, 313-314).

El mandato imperativo paulino de vivir en paz: “vivid en paz”, expresa también el *deseo* entrañable de S. Pablo para que todos vivan en santa paz. Y es que sólo en una atmósfera de paz es posible mantener y desarrollar el amor a Dios y al prójimo.

La vivencia en santa paz entre los hermanos ha eliminado de un plumazo todas esas diferencias fraternas, que se oponen entre sí y que crean un ambiente propicio a Satanás, para desbaratar el proyecto evangélico de Dios en su Iglesia. La paz viene así a convertirse en una especie de vivero de virtudes cristianas.

“Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros”: No se puede dissociar el amor y la paz. Donde falta una de estas virtudes, falta la otra. No es que se identifiquen, sino que no puede darse la una sin la otra: como que se orbitan. Si una de las dos virtudes perece, se desorbita la otra y desaparece en el espacio de la ignominia.

Por esta razón, S. Pablo, al hablar aquí de Dios, lo adjectiva como amoroso y pacífico, en cuanto que es amoroso y pacífico y en cuanto que produce amor y paz. Pero cuando *“el Dios del amor y de la paz”* inhabita en tu corazón, está Dios contigo, pero también está contigo el amor y la paz, pues no es posible que Dios habite en un corazón en el que no haya amor y paz, es decir, no es posible que Dios habite en ti sin tener Dios amor y paz en ti.

En definitiva: que, en Dios, el amor y la paz tampoco los puedes disociar. Y no voy a decir que el amor y la paz se orbitan, sino más bien que en Dios se identifican. No es posible el amor y la paz sin Dios, como tampoco es posible la habitación de Dios sin el amor y la paz en ti.

“Saludaos mutuamente con el beso santo”: *“El beso santo”* es la manifestación de la fraternidad cristiana.

«UN ÓSCULO SAGRADO.

¿Qué es un beso santo? Uno que no es fingido ni pérfido, como el de Judas al besar a Cristo. Efectivamente, el beso se da para que sea rescoldo del amor, para que inflame la buena disposición, para que nos amemos mutuamente, como hermanos a hermanos, como hijos a padres, como padres a hijos, y mucho más todavía, puesto que es propio de la naturaleza, mientras que aquello es de la gracia. Así es como las almas se unen con vínculo mutuo. Cuando regresamos tras larga ausencia, nos besamos unos a otros, porque las almas recobran su convivencia. El beso es, sobre todo, el pregonero del amor del alma. Sin embargo, sobre este beso santo tenemos que añadir otra razón. ¿Cuál? Somos templo de Cristo (Cf. 2 Cor. 6, 16). Pues bien, cuando nos besamos mutuamente, estamos besando el vestíbulo del templo y su entrada.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la Segunda Carta a los Corintios, 30, 2; PG 61, 606).

¿Qué necesidad hay de expresar la fraternidad cristiana con un *“beso santo”*? ¿No es suficiente con vivir la unidad cristiana en el amor y la paz? Sabe el apóstol S. Pablo que en el seno de la comunidad surgen diferencias y pequeños roces que deben ser superados. Con la expresión de amor cristiano mediante el *“beso santo”* se pretende facilitar el retorno a la convivencia amorosa y pacífica que debe reinar en toda fraternidad de amor y paz. Pero, además, el *“beso santo”* viene a convertirse en el distintivo del amor cristiano.

“Os saludan todos los fieles”: Es decir, todos los cristianos que acompañan a S. Pablo cuando escribe la carta. Se trata de los cristianos de Macedonia, que es desde donde escribe S. Pablo a los corintios:

«Conozco, en efecto, vuestra prontitud de ánimo, de la que me glorío ante los macedonios diciéndoles que Acaya está preparada desde el año pasado. Y vuestro celo ha estimulado a muchísimos. No obstante, os envío a los hermanos para que nuestro motivo de gloria respecto de vosotros no se desvanezca en este particular y estéis preparados como os decía. No sea que vayan los macedonios conmigo y os encuentren sin prepararos, y nuestra gran confianza se torne en confusión nuestra, por no decir vuestra.» (2 Cor. 9, 2-4).

La unidad y la paz trascienden los límites locales de las fraternidades para hacer de todas ellas una sola realidad cristiana, la Iglesia del Señor. Si antes, para los miembros de una misma fraternidad local, preceptuaba S. Pablo el “*beso santo*”, ahora, entre las diferentes fraternidades, como no es posible el beso por la distancia, estrecha los lazos de amor y paz con el saludo cristiano: “*Os saludan todos los santos*”.

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo”: En este verso manifiesta S. Pablo el dogma de la Santísima Trinidad. Comienza con el Hijo, sigue con el Padre y finaliza con el Espíritu Santo. Las tres Personas aparecen por igual en cuanto a su dignidad, aunque atribuyendo funciones diferentes en cada una de ellas.

La mención a Nuestro Señor Jesucristo al finalizar las cartas el apóstol S. Pablo es frecuente:

«La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.» (Rom. 16, 20).

«¡Que la gracia del Señor Jesús sea con vosotros!» (1 Cor. 16, 23).

«Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.» (Gál. 6, 18).

Pero aquí añade también S. Pablo al Padre y al Espíritu Santo:

“El amor de Dios”: Con esta expresión S. Pablo se refiere al Padre eterno. S. Pablo hace dimanar del Hijo la “*gracia*”, del Padre el “*amor*”, y del Espíritu Santo la “*comuni3n*”. No es que en el Padre no haya gracia o comuni3n, o que en el Esp3ritu Santo no haya gracia y amor, o que en el Hijo no haya amor y comuni3n.

Tanta *gracia* tiene y da el Padre, como el Hijo, como el Esp3ritu Santo. Tanto *amor* tiene y da el Padre, como el Hijo, como el Esp3ritu Santo. Tanta *comuni3n* tiene y da el Padre, como el Hijo, como el Esp3ritu Santo.

Las tres Personas son infinitas, sin que sean tres infinitos, y nada le falta a una que no tenga la otra, excepto la paternidad, que s3lo est3 en el Padre; la filiaci3n, que s3lo est3 en el Hijo, y la espiraci3n, que s3lo est3 en el Esp3ritu Santo.

“Y la comuni3n del Esp3ritu Santo est3 siempre con vosotros”: El deseo de S. Pablo es que la Sant3sima Trinidad, con todos sus dones, repose sobre los cristianos de toda la Iglesia del Se1or. Esta menci3n a la Sant3sima Trinidad ha pasado a la liturgia de la Sta. Misa, concretamente al saludo inicial.

3ª Lectura (Jn 3, 16-18)



“Dios mandó a su Hijo al mundo, para que se salve por él”

«En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: –Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.» (Jn. 3, 16-18).

“Dijo Jesús a Nicodemo”: Su nombre significa “vencedor del pueblo”. Es un fariseo, magistrado judío, miembro del sanedrín.

*«Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, **magistrado judío.**» (Jn. 3, 1).*

Nicodemo defendió a Jesús ante el sanedrín cuando lo querían apresar:

«Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente donde Jesús: “¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?”» (Jn. 7, 50-51).

Compró mirra y áloe para embalsamar el cuerpo de Jesús el día de su crucifixión:

«Fue también Nicodemo –aquel que anteriormente había ido a verle de noche– con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras.» (Jn. 19, 39).

Nicodemo acudió a Jesús de noche, por miedo a los judíos, para conversar con Él. Igualmente ocurrió con José de Arimatea, discípulo oculto de Jesús:

*«José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque **en secreto por miedo a los judíos,** pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús.» (Jn. 19, 38).*

En el caso de Nicodemo, al contrario de Judas, que salía de la luz cristiana para adentrarse en la noche traidora, Nicodemo quiere salir de la noche judía para adentrarse en la luz cristiana.

El alejamiento del Cenáculo (Iglesia) conduce hacia la traición ladrona y suicida, como en Judas, pero el acercamiento a la Iglesia, como en el caso de Nicodemo, conduce al amor y la paz temporal y eterna.

Jesús conversa con Nicodemo porque Jesús está abierto a todos, pues su voluntad salvífica es universal: pobres y ricos, cultos e ignorantes, esclavos y libres, judíos y paganos, hombres y mujeres, niños y ancianos...

Nicodemo se acercó a Jesús y se mereció el que Jesús le hablase palabras de vida eterna. Tu acercamiento y diálogo con Jesús te iluminará tu vida y te fortalecerá tu voluntad para que puedas desplegar tu vida según el proyecto de Dios en ti. ¡Adelante!

“Tanto amó Dios al mundo”: Este amor de Dios es de un calado profundo y no puedes ni vislumbrarlo, pero es suficiente su enunciado para abrir a la esperanza a cualquier pobre pecador. Aquí debemos expresarnos con términos como *“exceso de amor”*, *“locura de amor”*... Jamás podrás aproximarte, ni de lejos, a la infinitud de amor de Dios por ti.

“Dios”: Se refiere al Padre, la primera Persona de la SS. Trinidad, que envía a su Hijo al mundo para salvarlo mediante su muerte ignominiosa.

“Mundo”: Se refiere a todos los hombres en estado de eterna condenación, como puede inferirse de la finalidad de la misión del *“Unigénito”*: *“no perezca ninguno”* y *“que tengan vida eterna”*.

“Tanto amó Dios”: Es una expresión portadora de un amor extraordinario, sumo, pues consiste en el don máximo que Dios podía hacer a la humanidad: entregar a su Hijo único (Unigénito). Ya no es posible hacer más por el hombre.

La conciencia que tú tienes de tus muchas miserias no te debe restraer en tu confianza para con un Dios, pues que todo Él es puro amor.

“Que entregó (ἔδωκεν)”: Es un término que tiene un sentido expiatorio y sacrificial más explícito que la expresión *“envió”*, y sirve para acentuar el amor del Padre Santo por el mundo perverso. Tienes materia en la Sagrada Escritura sobre esta entrega oblativa:

«Díjole (Dios a Abraham): “Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y **ofrécele** (entregámelo) allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga.”» (Gén. 22, 2).

«Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, **ofrecía** (entregaba) a su unigénito.» (Hebr. 11, 17; cf. Mt. 21, 23-46; Mc. 12, 1-12; Lc. 20, 9-19).

S. Juan considera el amor del Padre para con los hombres entregando a su Hijo único. Su reflexión teológica le deja a S. Juan anonadado ante tan desmesurada proporción de amor hacia el pobre hombre pecador.

S. Pablo considera también esta misma proporción de amor oblativo de Jesús para con él mismo:

«No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se **entregó a sí mismo por mí.**» (Gál. 2, 20).

Después de esta entrega que hace el Padre de su Hijo eterno para la salvación del hombre y la conquista de su amor, no es disculpable cualquier temor o desconfianza de alcanzar el perdón de Dios a todos tus pecados y de alcanzar su amor. ¡Confía!

Y después de esta entrega misteriosa que te hace el Padre, ¿qué puedes tú ofrecerle a Dios que sea proporcionado con su Verbo eterno victimado? -Mi querido hermano, nada te reserves de ti ni de tus cosas: no tendría sentido.

“**A su Hijo**”: Cosa que duele más que entregarse el mismo Padre para salvar a los hombres. Por ello es tan grande el amor de Dios al hombre. Por otra parte, el Padre, al entregar al Hijo, satisface el ansia de amor de su Verbo hacia el hombre. Aquí te pierdes en el volcán de amor al que no tienes acceso, por incapacidad ontológica tuya para comprenderlo: ¡Oh misterio!

Entras aquí en el amor de primera clase: como el Padre ama al Hijo, así te ama a ti. Si después de tanta predilección amorosa de Dios para contigo, todavía te quedan desconfianzas desamoradas en tu corazón respecto a Dios, entonces, dime: ¿qué más puede hacer Dios por ti?

Dios agotó todo para conquistar tu amor hacia Él: ¡ámalo! No te pierdas en bagatelas terrenas, que no hacen más que inutilizarte para la eternidad.

“Único (μονογενῆ, unigénito)”: El sentido de “Unigénito” es aquí estrictamente divino.

El Padre entregó al Hijo único como Cabeza de su Cuerpo Místico, la Iglesia. Luego, en Cristo Jesús espiramos al Espíritu Santo. Parece una blasfemia, pero es una realidad que no nos es posible ni vislumbrar.

*«En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó **heredero de todo**, por quien también hizo los mundos.» (Hebr. 1, 2).*

El Padre entregó a los hombres como miembros de la Cabeza, Cristo Jesús. Luego, el hombre queda de alguna manera ontológicamente santificado y divinizado en Cristo Jesús, es decir, cristificado.

No le queda más que dar al Padre, se quedó sin nada. ¿Qué más le puedes pedir? ¿Entiendes ahora por qué Dios te pide a ti todo? Pero cuando tú das todo no das nada, pero consigues el Todo.

“Para que no perezca ninguno”: Es la lucha de Dios contra Satán. Ambos se disputan la vida del hombre. El resultado final vendrá determinado por la libertad humana, que acoge o rechaza el auxilio divino de la salvación. Cuando el hombre no se entrega a Dios, viene el diablo y se lo lleva.

No perecerás: ¿por qué entonces esos temores y escrúpulos? No te dejes abatir por tu condición pecadora. Ensancha tu corazón hacia el Padre, que te ofrece su confianza amorosa en el Hijo, a pesar de tus miserables pecados:

*«En esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues **Dios es mayor que nuestra conciencia** y conoce todo.» (1 Jn. 3, 19-20).*

“De los que creen en él”: Es condición indispensable tener fe en el Hijo de Dios para alcanzar la vida eterna prometida. Sin fe en el Hijo, el mundo perece; con fe tiene vida eterna:

“Sino que tengan vida eterna”: No sólo en extensión, sino también en intensidad, pero vida eterna participada del mismo Dios en Cristo Jesús, no independiente de Él.

“Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo”: “Mundo” corresponde a “entregó”, del verso anterior (v. 16). Aquí se expresa mejor la función de Jesús como juez escatológico: el mundo se salva en Jesús. ¿Será Jesús ineficaz en la tarea encomendada por el Padre para salvarte a ti?

El Mesías, como juez escatológico, es salvador:

«Y decían (los samaritanos) a la mujer (samaritana): “Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el **Salvador del mundo.**”» (Jn. 4, 42).

«Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como **Salvador del mundo.**» (1 Jn. 4, 14).

El Mesías es salvación:

«Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él **salvará a su pueblo de sus pecados.**» (Mt. 1, 21; cf. Lc. 1, 31, 69, 71, 77).

El Mesías es propiciación por los pecados de los hombres:

«Él es **víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.**» (1 Jn. 2, 2).

El Mesías es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo:

«He ahí el Cordero de Dios, que **quita el pecado del mundo.**» (Jn. 1, 29).

Como *Juez eficaz* que es, el Hijo de Dios quita el pecado del mundo de dos modos: perdonando a los que creen en Él, o sepultando en el in-

fierno a los que no lo creen. En cualquiera de los dos casos el pecado desaparecerá del mundo. Y el mundo sólo se salva por Jesús: ¡en qué piensan los mortales que en Jesús no piensan!

Dios quiere tu salvación con eficacia, pero con libertad, y te lo muestra con un amor que expulsa todo servil temor.

Curiosamente, la torcida intencionalidad del hombre ante un desorden transgresor suele ser la de enviar a otro hombre para poner orden dando los castigos y correctivos oportunos. Parece una medida muy sabia, dejándole al corrector un regusto de satisfacción punitiva de madurez, y a los espectadores cierta complacencia en ver aplastados a los transgresores, pero en realidad esto no es más que un burdo engaño de Satanás hacia los pobres directores de obras, que no han calado en el valor eficiente del perdón y de la misericordia.

“Sino para que el mundo se salve por Él”: La razón de la encarnación del Verbo, en modo pasible, es el pecado de la humanidad, por lo tanto, parece que no hubiera existido la encarnación del Verbo si no hubiese existido el pecado. Así piensa Sto. Tomás de Aquino, pero otros creen que, de todos modos, aunque no hubiese existido el pecado, el Verbo se hubiera encarnado. En esta última hipótesis, la encarnación hubiera sido en modo impasible.

Prescindiendo de estas hipótesis teológicas, a nosotros nos toca considerar ahora la intencionalidad del Padre para con el mundo al enviar a su Hijo único. En este sentido S. Juan es sumamente contundente afirmando que la voluntad de Dios no es otra que la salvación del hombre en el Hijo amado.

“El que cree en Él”: Creer en Jesús es *entregarse* totalmente a Él, *aceptar y practicar* su palabra, que consistirá en amar y obedecer a Cristo:

«Si me amáis, **guardaréis mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él.**» (Jn. 14, 15, 21).

“No es (no será) condenado (οὐ κρίνεται)”: Equivale a “no viene a juicio”, a juicio condenatorio se refiere. Ni siquiera es sometido a análisis para ver si hay que absolverlo o condenarlo:

«En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y **no incurre en juicio**, sino que ha pasado de la muerte a la vida.» (Jn. 5, 24).

“El que cree en Él, no es (~~no será~~) condenado”: Fíjate en el tiempo de presente, ahora “no es condenado”, y, por tanto, no será condenado en la parusía: jamás será condenado, ni ahora ni nunca. La absolución de presente tiene una repercusión de futuro ininterrumpido.

La condenación consiste en la separación de Dios. Por tanto, el que cree con fe viva, operativa, y amor sincero, está unido a Cristo, *posee ya la vida eterna*.

La fe es incompatible con la condenación, la fe está esencialmente unida a la salvación, pues supone y es la unión con Dios, es camino hacia Dios y término de la bienaventuranza eterna en Dios.

“**El que no cree, ya está condenado**”: Indica el resultado de una acción causal: la razón, la causa de la condenación hay que buscarla en la increencia: en “el que no cree”, “*porque no ha creído en la persona del Hijo*”. Se trata del primer artículo del Derecho Divino Penal, que tanto hace penar a Jesús.

“**Porque no ha creído**”: Aquí se hace una gran llamada de atención a quienes tan frívolamente se atreven a afirmar su increencia como fruto maduro de su mayoría de edad, cuando en realidad supone una gran torpeza de mente y pueril corrupción de corazón:

«Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque **sus obras eran malas**.» (Jn. 3, 19).

«**Las tinieblas (el pecado) han cegado sus ojos (perdido la fe)**.» (1 Jn. 2, 11).

«Caín... siendo del Maligno, mató a su hermano. Y ¿por qué le mató? Porque **sus obras eran malas**, mientras que las de su hermano eran justas.» (1 Jn. 3, 12).

“**En el nombre del Hijo único (Unigénito) de Dios**”: “Unigénito”, y, por tanto, singularmente amado:

*«Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como **Hijo único**, lleno de gracia y de verdad.» (Jn. 1, 14).*

Creer en Jesús, como Hijo de Dios, es el objeto verdadero de la fe cristiana:

*«**Todo espíritu que no confiesa a Jesús**, no es de Dios; ése es el del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo.» (Jn. 4, 3).*

El que no cree en Jesús:

- Hace agravio a Jesús, que murió por el mundo.
- Descalifica a Jesús como ilusorio o temerario.
- Abomina de Jesús como de intruso que atenta contra la libertad corruptora del malvado.
- Menosprecia al Padre, que envió a Jesús para redimirte en la Cruz.
- Desprecia al Espíritu Santo, que inclina interiormente al hombre a honrar al Verbo Eterno de Dios.
- Hierde a la Iglesia de Cristo Jesús, que se inmola con su Esposo para darle vida eterna al pobre pecador.
- ...



